

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

M. H. TAINÉ, ARTISTA

En el fondo de todo historiador, de todo filósofo hay un literato, un artista, que se revela en sus obras de manera más ó menos vigorosa. Es decir, hay un hombre, un temperamento compuesto de espíritu y de materia, que ve á su manera las verdades filosóficas y los hechos históricos y que nos presenta los primeros y los segundos tal y como las ve; esto es de un modo completamente personal.

Hoy, al ocuparme de M. Taine, quiero separar el artista del historiador, del crítico y del filósofo, porque mi intención es la de estudiarle solamente bajo el aspecto literario y estético, y conocer sus gustos y sus creencias artísticas. Para conseguirlo tendré que estu-

CAPILLA ALFONSO REYES

diarle en sus obras y su filosofía del arte. Comprendo que á menudo, y á pesar mío, tendré que habérmelas con el pensador; pero no me remontaré hasta el filósofo sino para conocer mejor al artista.

Se ha hablado mucho acerca de M. Taine como crítico é historiador, y no se ha visto en él más que al revolucionario, que armado de sistemas, venía á traer la perturbación á la ciencia de juzgar lo bello. Se le ha considerado como á un innovador que procede resueltamente por simple análisis, exponiendo los hechos con sencillez, prescindiendo de las reglas establecidas y sin deducir jamás preceptos. Pero apenas se ha ocupado nadie de decir que M. Taine era ante todo un escritor vigoroso y que tenía verdadero genio de pintor y de poeta. Parece que al juzgarle han pospuesto el literato al pensador. Aunque mi intención no es hacer precisamente lo contrario, me siento inclinado á admirar al escritor á expensas del filósofo, tratando, por este medio, de completar la fisonomía de M. Taine, á quien tantos han estudiado como fisiólogo y como positivista.

Cualquier sistema filosófico me causa es-

panto, y digo sistema, porque toda filosofía, en mi opinión, está formada con fragmentos de creencias de los sabios de otros tiempos; y como la necesidad de verdad se impone, y en ninguna parte podemos encontrar la verdad completa, nos vemos obligados á arreglar una con retazos recogidos en lo que ya conocemos. Como, por otra parte, quizá no haya dos hombres cuyas creencias sean idénticas y que profesen el mismo dogma, pues cada cual introduce siempre ligeras modificaciones en el pensamiento ajeno, resulta que la verdad no es de este mundo, puesto que no es universal y absoluta.

En vista de lo que acabó de exponer, no es difícil comprender mi espanto.

Ardua empresa es el penetrar los secretos resortes de una filosofía individual, tanto más cuanto el filósofo ha diluido su idea en numerosos volúmenes, así es que ignoro cuál sea la verdadera filosofía de M. Taine; sólo la conozco por sus aplicaciones.

Es indudable que detrás del sistema literario y estético del autor, hay una creencia que le da toda su fuerza y al propio tiempo todas sus debilidades. Dicho autor tiene en la mano

un poderoso instrumento cuyo mango no es posible distinguir claramente; este instrumento, como toda producción del genio humano, empleado en la verdad, penetra profundamente y su efecto es terrible; pero en el error se desvía y funciona mal.

Es menester que veamos la tarea del mencionado instrumento, porque mi principal objeto es ocuparme de la mano que lo impulsa, de la mano vigorosa y fuerte que corta y desgarrar, que clavetea los juicios y traza páginas rudas, llenas de energía y de sobriedad.

M. Taine no está en consonancia con su tiempo ni con su aspecto. Si yo no le conociera, me lo representaría ancho de hombros, espléndidamente ataviado y con espada al cinto, como una figura del Renacimiento. Aficionado al lujo y al boato, parece que debe ser feliz en los opíparos banquetes y en las recepciones de corte, al codearse con nobles y apuestos caballeros y bellas y linajudas damas, que luzcan ricos encajes y arrastren terciopelo.

Al propio tiempo le encanta todo lo que es material, lo que es brutalmente humano, y le entusiasma la seda como los andrajos; en una

palabra, le gustan los extremos. El es el compañero de Rubens y de Miguel Angel, es uno de los hombres alegres de la *Kermesse*, es una de las criaturas vigorosas y arrebatadas que retuercen sus marmóreos miembros en la tumba de Médicis. Cualquiera, leyendo algunas de sus páginas, se imaginaria que las ha escrito un gigante rico de sangre y de apetitos, con unos puños enormes y una naturaleza férrea, que pasa su vida en los festines, cifrando su alegría en la molicie, en el lujo y en la confianza que le inspira su hercúlea fuerza.

Y sin embargo, en el fondo no hay más que fiebre. Su robusta salud es ficticia, y la afición al lujo sintetiza un pesar. Se comprende que tal hombre es nuestro hermano, que es débil y está desnudo, y que es hijo de nuestro nervioso siglo. Semejante temperamento no puede ser producido por una naturaleza sanguínea, sino por un espíritu enfermo é inquieto, amante de la libertad y de la fuerza. Las pinturas tan ricas de colorido que M. Taine nos presenta, descubren el lado enfermizo de su autor. Este no tiene la estolidez de los sajones y de los flamencos que pinta con tanta complacencia, ni su vida se desliza tranquila

en medio de francas carcajadas; su existencia es agitada y nerviosa como la nuestra, su apetito es muy poco; se conmueve como todos los hombres, y viste el traje liso y sombrío de nuestra época. Y en condiciones semejantes tiene á placer hablar de comilonas y de atavíos regios, de brutales costumbres y de vida lujuriosa é independiente. Se entrega ciego á las eras felices en que se gallardeaba de buen parecer, y se me figura oírlo quejarse con indolencia de cansancio y sufrimiento con la mejor buena fe del mundo.

Por extraño contraste, también se descubre en él cierta individualidad materialista y descortés, la de un pensador calculista que se contrapone por modo raro al poeta desbarajustado de que acabo de hacer mención. El brillo desaparece; instantáneamente, el roce de las telas lucidas y el choque de los vasos se extinguen; la frase técnica y ruda queda reducida al idioma de un simple dómíne que explica un teorema. Asistimos á una lección de geometría y de mecánica. La urdimbre de cada uno de sus libros se presenta por esta causa acentuadamente forzada, se evidencia cual la obra de un mecánico inflexible, que

ajusta cada pieza con particular cuidado, que erige su armadura según las medidas exactas, yendo á buscar en diminutos casilleros cada una de sus ideas y ligando el total con poderosas junturas. El lodo es de una consistencia excesiva. M. Taine peca de árido en el plan y en los pasajes de puro raciocinio, no se deja arrebatar ni poetiza más que en los ejemplos expresamente escogidos para la aplicación de sus teorías. Por esta razón se dice que la lectura de sus obras produce cansancio; desearíase en ellas más abandono, algo más de inexperado; el lector muestra su ira contra esa altanera inteligencia que brutalmente os inclina á sus convicciones; que como el diente de una rueda os lleva consigo si tenéis la mala ventura de dejar que os toque la punta de los dedos. El poeta desaparece; lo que á la vista se os presenta es un espíritu sistemático que sólo rinde culto á una idea y que se vale de todo su poder para que esa idea salga triunfante.

Abrid un libro cualquiera de M. Taine y hallaréis en él los tres caracteres que acabo de indicar: aridez en demasía, prodigalidad sanguínea y cierta especie de febril rendi-

miento. Ora refiera aventuras de viaje, ora analice á un escritor, ora escriba la historia de una literatura cualquiera, siempre le veréis cual es, árido y rígido en el plan, pródigo en los detalles, flojo y descontento en su interior; á mi juicio es demasiado sabio; su sistemático modo de ser le viene de su propia ciencia... Prefiero al poeta, al hombre de carne y nervios que se revela en sus descripciones; en ellas se encuentra la verdadera personalidad de M. Taine, lo que realmente es suyo, lo que emana de él y no de su saber. El sistema de que es autor sería un pésimo instrumento en manos menos hábiles y menos ingeniosas que las suyas; el artista ha engrandecido al filósofo á un punto tal, que sólo el último se descubre. Otros podrán aplicar iguales teorías que él, podrán modificar y mejorar la ley matemática que asegura haber encontrado; mas la marcada personalidad, la energía de colores, la intuición profunda, la sorprendente mezcla de esplendor y aspereza que en Taine se combinan, no se verán por vez segunda en otro artista, y esto es lo que precisa admirar del presente.

El estilo de M. Taine tiene indolencias y

energías de gran señor; es caprichoso y brutal á sabiendas, encarnación directa del poeta y del matemático que en uno sólo se confunden. Poco importan las repeticiones; la frase hace su camino con vigor sin cuidarse de la gracia ni de la regularidad, dejando por doquier puntos negros. Las prescripciones y las referencias pululan, conservando su necesario enlace, merced tan sólo á breves y acres palabras, comprendiéndose que el autor ha querido todo lo hecho, que es dueño de su pluma y que tiene conciencia del efecto que ha producido. Nos hallamos en presencia de un artista que, conocedor de los más sutiles secretos de su arte, se permite todas las licencias y se muestra cual es, sin amenguar jamás su personalidad. Escribe como piensa, cual pintor y filósofo; con sobriedad y yendo hasta el fin.

Citaré dos de sus obras para hacerme comprender mejor. Es la una el *Viaje á los Pirineos*, que, á ser escrita por otro, habría resultado como una simple colección de cartas con su algo de fantasía, como un relato corriente y hecho á la ligera, con sus divisiones y medidas y claramente indicadas, con sus pe-

queños capítulos cortados con precisión matemática. Y cada una de estas partes, que podrían ser numeradas, contiene, ya un paisaje espléndido, ya una observación profunda, ya en fin, una antigua leyenda de sangre y matanza. El autor ha enfilado metódicamente todo lo que su rica imaginación le ha sugerido de grandioso y notable en presencia de los valles y los montes, manteniéndose sistemático hasta en los instantes de emoción, cuando tendía la vista por horizontes terribles ó encantadores.

La obra de que hablamos tiene el sello de uno de los caracteres de su alma, el amor por todo lo que es signo de fortaleza; vese este amor en la simpatía que demuestra por las empinadas cumbres, en la profunda admiración que le inspiran los viejos Pirineos, hasta en la elección de las anécdotas que refiere, anécdotas en que salen á relucir las costumbres brutales y licenciosas de los pasados tiempos. La obra tiene un sabor original; tiende á lo fuerte y á lo angustioso. El que relata no es en aquella un cuentista de viajes, es un artista, un hombre que retrata sus estremecimientos en presencia del Océano y de

las montañas. Algunos relatos, como el de la *Vida y opiniones filosóficas de un gato*, me han hecho desear que M. Taine se dedicara á escribir cuentos y novelas, seguro de que su imaginación, sus toques sobrios y brillantes harían maravillas en trabajos de pura fantasía. ¿No guarda por ventura en su cartera algo de estilo novelesco?

La historia de la literatura inglesa consta de cuatro gruesos volúmenes. El cuadro es de más grandeza, el asunto más dilatado; pero el espíritu es el propio de siempre, el artista no cambia. En dicha historia, la mano que ha dado vida al conjunto, que ha dispuesto los detalles, que ha levantado el edificio de cal y arena es la mano sistemática y pródiga, mano á la vez fuerte y prodigiosa. *La historia de la literatura inglesa* es, por otra parte, la obra maestra de M. Taine; las que la han precedido han tendido á imitarla y las que vengan después tenderán sin duda á ser imitación. Ella contiene la personalidad completa del autor, su pensamiento único en la más exacta medida, es el fruto maduro y plenamente desenvuelto del matemático y del poeta, es la expresión completa de un temperamento y de

un sistema. M. Taine se repetirá en sus producciones, podrá multiplicar al infinito las aplicaciones de sus teorías, estudiar cada época literaria y artística, cambiar las palabras y los finales; pero la armadura seguirá inalterable, los detalles se alinearán y se clasificarán en el propio sentido.

Mientras que toda la prensa discutía el sistema del autor, yo me extasiaba ante sus cuatro gruesos volúmenes, ante esa vasta urdimbre tan delicada y tan sobriamente construida, admiraba los hermosos é irregulares mosaicos del estilo, la amplitud de ciertos trozos y la sobriedad de los enlaces, gozaba la alegría que todo congénere tiene en considerar un trabajo raro y precioso, producto de inteligente rusticidad, disfrutaba un placer esencialmente plástico y hallaba el artista que me convenía, frío en el método, apasionado en la representación, libre y personal de por sí.

Dado esto, fácil es imaginar cuáles tienen que ser las preferencias de este artista, cuáles su estética y sus gustos literarios. Si peca de sobrado inteligente y de refinamiento sumo para pecar contra el gusto, si le sobra justa apreciación de espíritu para entregarse á un

derroche de pensamiento y estilo, si es, en una palabra, muy de nuestra época para abandonarse á la brutalidad sajona ó á la exuberancia italiana, le veremos dar testimonio de sus simpatías á los escritores, á los pintores, á los escultores que se han dejado llevar de sus arranques, de su sangre y de sus nervios. Oportará por la libre manifestación del genio humano, por sus revelaciones y sus demencias; buscará en el hombre á la fiera, aplaudirá al oír el grito de la lucha. No batirá palmas, de seguro, en voz alta; tratará de presentar el impasible semblante del juez, mas su acento descubrirá cierta especie de entusiasmo que pondrá de manifiesto todo el deleite que siente en escuchar la voz acre de la realidad. Tendrá sonrisas para los escritores y artistas que se han desgarrado á sí mismos mostrando sus corazones chorreando sangre, y aun para aquellos que han comprendido la vida como hermosos brutos felices. Será partidario de Rubens y de Miguel Angel, de Swift y de Shakespeare, y esta preferencia será en él instintiva y espontánea. Respetando cuanto es dable la existencia, no titubeará en declarar que cuanto alienta es digno de estudio, que

cada época, que cada hombre merece ser explicado y comentado; de tal suerte, que cuando llegue á Walter-Scott le tratará como á burgués.

Tal es la inteligencia que el año último ha sido llamada á regentar el curso de estética en la escuela de Bellas Artes. Dejo por tanto, desde este punto, la personalidad del escritor, y voy á ocuparme del maestro que enseña la nueva ciencia de lo bello.

Y téngase en cuenta que no me propongo examinar más que sus primeras lecciones, las que se refieren á su *Filosofía del arte*.

En su curso actual aplica sus teorías al estudiar las escuelas italianas. Sus teorías, pues, son las que de momento despiertan mi interés, y quiero prescindir de la competencia y de la autoridad con que habla de los tesoros artísticos de la Italia que ha visitado hace poco, para fijarme en lo que más me importa, esto es, en el mecanismo de su nueva estética, para estudiar al profesor. De este modo, lograremos presentar su genuino temperamento artístico.

Profesor he dicho, y no es la verdadera palabra porque el tal maestro no enseña; expone y analiza.

Declaraba hace poco que uno de los caracteres distintivos de esta especie de crítica consistía en no fijar límites á la comprensión, en admitir en principio todas las libres manifestaciones del genio humano. El médico se interesa por todas las enfermedades; puede tener preferencias por ciertos casos raros y desconocidos, pero las dolencias todas le arrastran sin excepción al estudio. El crítico se parece al médico: se ensimisma en una obra, en un ser cualquiera, dulce ó violento, brutal ó delicado, y consigna sus advertencias á medida que se le van presentando, sin cuidarse de formular ni de sentar preceptos. Sólo tiene por guía la superioridad de sus ojos y la sutileza de su intuición; lo que el hombre ha sido y es le sirve de única doctrina. Acepta las diversas escuelas, las acepta como hechos naturales y necesarios, en el mismo grado, sin ensalzar las unas á expensas de las otras, y por consecuencia precisa se limita á explicar su venida y su manera de ser. En una palabra, carece de ideal, de obra perfecta que le sirva de vara común para medir las otras. Acepta la creación continua del genio humano, conviene en que la obra es el fruto de un individuo y de

una época que progresa á la casualidad, al benévolo capricho del sol, evadiendo de esta suerte el dar reglas para obtener obras maestras en condiciones determinadas.

El ha dicho este año á sus discípulos: En punto á preceptos sólo tenemos dos hasta hoy: el uno que recomienda nacer con genio, lo cual atañe á vuestros padres y no á mí; el otro, que aconseja trabajar mucho á fin de llegar á ser un buen artista, y esto es también cosa vuestra y no mía.» Extraño profesor que viene, contra todo lo corriente, á declarar á sus discípulos que no pondrá á su alcance medio alguno para que den á luz obras superiores. Y añade: «Mi único deber es relataros hechos y manifestaros cómo estos hechos han tenido lugar.» No conozco palabras más atrevidas ni más revolucionarias en materia de enseñanza.

Por lo visto, el alumno queda desde hoy entregado á sus propios intintos, á su naturaleza; la ciencia, la historia comparada del pasado, le dicen tan sólo que se reconcentre, que lea mejor en sí mismo, que se concentre y que se deje llevar sin temor por sus inspiraciones.

Quisiera citar toda la parte en que M. Taine habla magníficamente sobre el método moderno. «Comprendida la ciencia de tal modo, ni condena ni perdona; afirma y explica... Simpatiza con todas las formas del arte y con todas las escuelas, aun con las que parecen más opuestas, aceptándolas como otras tantas manifestaciones de la inteligencia; opina que mientras éstas sean más numerosas y contrarias, más pondrán de relieve las distintas y múltiples apreciaciones del humano saber.» El arte de tal manera entendido es el producto de los hombres y del tiempo y constituye parte de la historia, no viniendo á ser las obras más que simples acontecimientos resultantes de diversas influencias, como la paz y la guerra. Lo bello no es fruto ni de esto ni de lo otro, está en la vida, en la libre personalidad; una obra bella, es una obra viviente, original, una encarnación que el hombre ha hecho brotar de su materia y de su espíritu; más aún, una obra en que todo un pueblo ha trabajado, que resume los gustos y las costumbres de una época entera. El hombre superior no necesita más que ejercitarse, pues lleva en él su obra maestra.

Semejantes ideas revisten una franqueza brutal cuando se manifiestan por un profesor en presencia de sus discípulos. Aquél parece decir á los últimos: «Oid, no tengo el poder de convertirlos en grandes pintores si carecéis del temperamento necesario; debo limitarme á contaros la historia del pasado. Ella os dirá cómo y por qué los maestros han adquirido renombre; si queréis ser iguales en fama, engrandeceréis sin que yo tome parte alguna. Mi misión se reduce á hablar con vosotros de los que todos admiramos, á deciros lo que el genio ha llevado á cabo, á fin de animaros á proseguir la tarea de la humanidad.»

Lo manifiesto en voz baja, cual axioma de arte; creo que tal es la sola enseñanza razonable. Se aprende un idioma, se aprende el dibujo, pero no se aprenderá nunca á hacer un buen poema ó un cuadro de mérito; poema y cuadro tienen por fuerza que salir de un rasgo de inspiración del pintor y del poeta, marcados con el sello indestructible de una individualidad. La historia literaria y artística nos da cuenta de las obras legadas por el pasado.

Todas ellas son hijas únicas de una inteligencia, hermanas, si se quiere, pero hermanas

de pareceres distintos, teniendo cada una su origen particular, y debiendo forzosamente á sus rasgos inimitables su belleza suprema.

Cada nuevo artista que nace viene á añadir su palabra á la frase divina que escribe la humanidad; ni imita ni reproduce; crea, sacándolo todo de sí mismo y de su época, aumentando con una página más el gran poema; expresando en un lenguaje personal una de las nuevas fases de los pueblos y del individuo.

El artista debe, pues, marchar delante de sí propio, no consultar más que á su corazón y á su época. Su misión no es tomar del pasado, revolviendo en los siglos esparcidos rasgos de belleza para crear un tipo soñado, unipersonal y que no existe en la humanidad; su misión es vivir, engrandecer el arte, añadir obras maestras nuevas á las antiguas, crear portentos y presentar á vuestra vista bellezas ignoradas aún. La historia del pasado no será para él más que un aliento, una enseñanza de su verdadera misión. Empleará el conocimiento adquirido en pro de su individualidad; sabrá que existe un arte pagano y un arte cristiano para decirse que lo bello,

como todas las cosas del mundo, lejos de permanecer estacionario, marcha, transformándose á cada nueva etapa de la gran familia humana.

Verdad como ésta, harto sé que echará por tierra las escuelas. Que mueran éstas si los maestros nos quedan.

Una escuela es tan sólo una parada en la marcha del arte, de la propia manera que un reino es á menudo un alto en la marcha de las sociedades. Cada gran artista apiña á su alrededor toda una generación de imitadores de temperamentos análogos, pero débiles. Nacido dictador del espíritu, la época, la nación, se resumen en él con fuerza y gloria; tiene en su poderosa mano toda la belleza esparcida en el aire; ha hecho surgir de su corazón el grito de una edad entera; reina y se ve rodeado de cortesanos.

Los siglos pasarán, pero él permanecerá en pie; todo cuanto le rodea desaparecerá, mas la memoria suya no, porque es la poderosa manifestación de un genio singular.

Es pueril y ridículo suspirar por una escuela. Cuando al rendir sus cuentas, oigo á nuestros críticos de arte gemir y quejarse un

año tras otro porque nos falta una miserable escuela que dirija los temperamentos y haga entrar en régimen las facultades, me siento arrastrado á gritarles: «Por amor de Dios, desead un gran artista y tendréis lo que pedís; anhelad que nuestro siglo halle su expresión, que la infunda en un hombre, que éste nos la presente en obra maestra, y contad conque los imitadores surgirán de momento, conque las personalidades inferiores engrosarán el número: no faltará ni cohorte ni disciplina. Nos hallamos en plena anarquía, y á mi entender esta anarquía es un espectáculo curioso é interesante. Sin duda echo de menos al gran hombre, al dictador; pero me hace reír el espectáculo de todos esos reyes que se hacen la guerra, de esa especie de república en que cada ciudadano se considera genio en su taller. Hay en lo que he narrado una enorme suma de actividad perdida, una febril existencia que desaparece. No se admira lo suficiente este continuo y obstinado alumbramiento de nuestra época; cada día llama la atención un nuevo esfuerzo, una creación nueva. La tarea se hace y se rehace con encarnizamiento; los artistas se atrincheran en su

rincón y parece que en secreto luchan por dar á luz la obra perfecta que debe imponer la imitación; pero la escuela no se ve aparecer en ninguno, por más que todos aspiran á la dictadura. No os ocupéis de nuestro siglo, de los destinos del arte, dejad de llorar por ellos; asistimos á un trabajo profundamente humano, á la lucha de las diversas facultades, á los laboriosos partos de una era que debe ser núcleo de un porvenir grandioso y brillante. Nuestro arte, la anarquía, la lucha de los talentos es sin duda la expresión fiel de nuestra sociedad; la industria, la ciencia, el progreso son las enfermedades que nos agobian; vivimos en continua fiebre para preparar una vida de equilibrio á nuestros hijos; día tras día buscamos, ensayamos sin tregua, creamos poco á poco un mundo nuevo. Nuestro arte debe parecérsenos; debe luchar para renovarse, vivir en medio del desorden de toda reconstrucción para reposar un día á la sombra de una belleza y de una paz profundas. Esperad al gran hombre del porvenir que dirá la palabra que buscamos en vano; pero al esperarle, no desdeñéis demasiado á los trabajadores del presente, que sudan sangre y agua, que nos

dan el espectáculo magnífico de una sociedad en período de alumbramiento.

Y pues el profesor, admitiendo todas las escuelas como grupos de artistas que expresan un determinado estado de la sociedad, va á estudiarlos bajo el punto de vista accidental, quiero creer que se contentará con explicar su venida y su modo de ser; pero no representarán más que hechos históricos, como acabo de decir, puros hechos fisiológicos.

El profesor reconocía los tiempos ya pasados, hojeando cada edad y cada nación, sin relacionar con la obra típica las que de ella emanan, considerándolas aisladamente como productos sujetos á continua mudanza y que sólo deben su belleza á la fuerza y la verdad de la expresión individual y humana. Juzgando así, entrará en el caos si no tiene á mano un hilo que le conduzca á través del laberinto de los millares de producciones opuestas con que ha de dar, y falto de una medida común tendrá que buscar reglas para bien emitir su juicio.

Sobre este punto precisamente, M. Taine, el mecánico que ya conocéis, funda su teoría asegurando haber hallado una ley universal

que rige todas las manifestaciones del espíritu humano. Así, pues, cuando en adelante quiera explicar una obra cualquiera y determinar su origen y manera de ser, aplicará á cada una el mismo procedimiento de crítica, y su sistema será al fin, en manos como las suyas un instrumento de hierro, insensible, rígido y matemático. Dicho instrumento, muy poco complicado á primera vista, no tarda en presentar un sinnúmero de pequeñas ruedas que la ingenuidad del profesor pone en movimiento en casos dados; creyendo yo por estas circunstancias que M. Taine se sirve como artista de este compás, con el cual mide las inteligencias, cosa que de seguro no harían dedos menos firmes y delicados que los suyos.

No he dicho aún cuál es la nueva teoría de M. Taine en la idea de que no existe hoy persona que no la conozca y no la haya discutido por lo menos consigo propio. Dicha teoría sienta como principio que los hechos intelectuales son tan sólo resultado de la influencia que sobre el hombre ejercen la raza, el medio y el tiempo en que se han desarrollado. Conocido el hombre, la nación á que pertenece, la época y medio en que vive, se deducirá la

obra que debe producir. Todo ello no es en suma más que un simple problema, el cual se resuelve con una exactitud matemática; el artista puede hacer esperar la obra; la obra puede hacer conocer al artista. Que se den los enunciados en número cualquiera que sean y las incógnitas aparecerán.

Claro está que una ley semejante, siendo justa, es uno de los más prodigiosos instrumentos de que puede valerse la crítica, y tal es la única ley con que M. Taine, que ni se mete á aplaudir ni á silbar, expone metódicamente y sin desbarrar la historia literaria y artística del mundo.

El ha formulado esta ley ante los discípulos de la escuela de Bellas Artes de una manera completa y original; en ninguna parte se ha mostrado tan categórico, y hasta el día en que leí sus lecciones de estética no llegué á comprender el libro que dió á luz bajo el título de *Filosofía del arte*. Todas las escuelas, ha dicho el gran profesor, son igualmente aceptables, limitándose la crítica á asentir y á explicar. Y esto supuesto, ved ahora la ley que le permite asentir y explicar con método.

El amor al orden y á la precisión no se re-

vela nunca en M. Taine como cuando se halla en pleno caos. Amando el arranque, el desequilibrio de las fuerzas, mientras más se engolfa en la anarquía de las facultades y de los temperamentos, más algebraico se hace y más procura ordenar y simplificar.

Imagina una comparación para hacernos perceptible su creencia sobre la formación y el desenvolvimiento de los instintos artísticos, y compara al artista con una planta, con un vegetal que necesita cierta cantidad de sol, cierto grado de temperatura para crecer y dar frutos. Lo propio que se estudia la temperatura física para comprender la aparición de tal ó cual especie de plantas, v. gr., el maíz ó la avena, el aloe ó el abeto, precisa estudiar la temperatura moral para darse cuenta de la germinación de un arte cualquiera, la escultura pagana ó la pintura realista, la arquitectura mística ó la literatura clásica, la música voluptuosa ó la poesía ideal. Las producciones del espíritu humano, así como las de la naturaleza viviente, se explican únicamente por el medio en que viven. En consecuencia, existe una temperatura moral, fruto del medio y del momento, y esa temperatura tendrá in-

defectiblemente que influir en el artista, hallando las facultades personales que son de rigor, y las facultades de raza que necesita desenvolver en mayor ó menor proporción.

Dicha temperatura no crea los artistas; los genios y los talentos surgen como los granos; es decir, que en un mismo país y en diferentes épocas, es posible que haya igual número de seres con talento superior y mediano. En ese puñado de simiente que arroja en torno suyo, midiendo el tiempo y el espacio, todos los granos no fructifican; pues se requiere cierta temperatura moral para que determinados talentos se desenvuelvan, perdiéndose si aquello les falta. De aquí que, al cambiar la temperatura, el espacio de los talentos tiene que cambiar también. Si la primera no es favorable, la clase de los talentos resultará mezquina, viniendo á resultar como regla invariable y corriente que la temperatura moral excogita entre las múltiples variaciones de aquellos, llevando á completo desarrollo un número dado con exclusión absoluta de los otros.

Me ha parecido oportuno transcribir este párrafo entero, pues da á conocer todo el meca-

nismo del sistema, no abrigando el temor de deducir las figuradas conclusiones que engendra la teoría de M. Taine. Dispuesto se halla éste á aplicarla con la mas ciega fe y la precisión más mecánica. Sentemos, pues, los siguientes corolarios: todas las obras de una misma época se limitan á evidenciarla; dos obras producidas en condiciones análogas tienen que parecerse en sus menores rasgos. Confieso que no voy en mis creencias hasta este punto, y pues reconozco que M. Taine abriga una sutileza original y que interpreta los hechos con habilidad suma, su propia sutileza y habilidad son las que me inspiran temor. Su teoría es neta por demás, sus interpretaciones infinitamente diversas; y como en la una salen á relucir ese sinnúmero de ruedas de que ya he hablado, tan pronto veo á un artista que se ciñe á las cosas de su tiempo, tan pronto á otro que resiste el cambio esperando una reacción, ya á uno que representa el pasado que se va, ya á otro que patentiza el porvenir que se acerca.

Adiós la bella unidad de la teoría. Ha dejado de ser la exacta aplicación de una ley sencilla y clara; ha quedado reducida á la libre

intuición, al juicio independiente é ingenioso de una inteligencia docta. Sustituir un talento perezoso á esa imaginación rápida que rebusca en cada hombre y hace brotar los elementos de que ha menester, y ved si tal medianía conseguirá llevar á cumplido término su propósito de una manera fácil. Tal pensamiento es el que me llena de inquietud; desconfío de M. Taine como de un hombre de hábiles dedos que escamotea todo lo que estorba y no deja ver más que los elementos que le sirven; me digo que puede tener razón, pero que quiere tenerla de sobra; que se engaña quizá á sí mismo en alas de su violenta afición á lo verdadero. Lo estimo y lo admiro, mas tengo miedo horrible de que me engañe, hallando cierto no sé qué de rígido y tirante en su sistema, de generalizado y de inorgánico, que me pone en desconfianza y me dice que en todo ello se encarna el sueño de una inteligencia real, pero no la realidad absoluta. El que quiere ordenar y simplificar tiende á la unidad, aumenta ó disminuye, mal de su grado, ciertas partes, transforma los objetos para hacerlos entrar en el cuadro que ha escogido. Lo verdadero debe existir, por lo menos tres

cuartas partes, en el aserto de M. Taine.

Verdad es que la raza, el medio en que se vive, el momento histórico influyen en la obra del artista. El profesor triunfa cuando examina grandes épocas y las señala á largos trazos: la Grecia divinizando la carne, con sus desnudos habitantes y sus pueblos resistentes y frugales vive en la multitud de sus estatuas; la Edad Media cristiana tiembla y gime en el fondo de sus catedrales, donde los enflaquecidos santos sueñan en doloroso éxtasis; el Renacimiento simboliza el anárquico despertar de la carne, y aún estamos oyendo el grito de sangre de los pasados siglos, su explosión de vida, su llamamento á la belleza material y activa; la tragedia, por último, se halla encarnada en Luis XIV y en su siglo, realmente majestuoso y que supo amoldar á su imagen. Sí, estas observaciones son justas, estas interpretaciones son verdaderas y es preciso aceptar, por lo tanto, que el artista no puede vivir fuera de su tiempo, que sus obras reflejan su época.

Con lo que no estamos de acuerdo es con la sucinta afirmación de que, en un caso cualquiera, se adivina la obra por el simple conocimien-

to de ciertos enunciados. Verdad es que no puedo aceptar el sistema en parte, que debo tomarlo ó rechazarlo por completo; todo en él es estable, y descartar la menor columna sería hacer venir á tierra la armazón. Ni menos quiero buscar riña con el autor á pretexto de los dogmas literarios, filosóficos y religiosos. Harto sé que estas creencias artísticas ocultan creencias positivistas y negación de religiones admitidas, pero declaro que no me ocupo más que de arte, que mi solo afán es la verdad. Como hombre, digo á M. Taine: «Marcháis por la senda de lo verdadero, pero costeáis por la línea de lo falso y tendréis que tocar en ella. No me atrevo á seguiros.

¿Queréis mi franca opinión sobre M. Taine y su sistema? Ya dije que tenía ansias de verdad, y bien meditado, tengo más ansias de personalidad y de vida. En materia de arte soy un curioso que carece de buenas reglas y se inclina de buena voluntad sobre todos los libros con tal que sean la expresión enérgica de un escritor; sólo me admiran y entusiasman las creaciones singulares que revelan á las claras una facultad ó un sentimiento humano. Considero, pues, la teoría de M. Taine

y las aplicaciones que de ella hace como manifestación curiosa de una inteligencia veraz y enérgica, ingeniosa y acomodaticia. Hállanse en naturalezas semejantes las más opuestas cualidades, y la reunión de éstas, puestas á merced de un temperamento rico, nos ha dado fruto precioso y de un sabor particular. El espectáculo de un ser extraordinario es por demás interesante, y opino que debemos abismarnos en su contemplación sin pensar mucho en el peligro que puede correr la verdad. Gozo en ver un talento de esa clase y aplaudo hasta su sistema toda vez que éste le permite desenvolver por completo sus gérmenes de riqueza y le ayuda singularmente á hacer valer sus defectos y sus cualidades. Obrando de modo tal, llego á no ver en él más que un artista poderoso. No sé si este título de artista le halaga ó le incomoda; quizá se sienta más delicadamente lisonjeado si se le dá el de filósofo; el orgullo del hombre tiene preferencias de esta clase. M. Taine muestra gran adhesión á su teoría, y no me atrevo á decirle que es menor la indiferencia que ella me inspira que la admiración que su talento me produce. Si creyera lo que digo, se mostraría or-

gulloso de sus facultades artísticas únicamente.

Aunque el sistema me es indiferente, noto en él un olvido que me choca. Monsieur Taine evita hablar de la personalidad; no puede prescindir de ella, mas la posterga y no la coloca donde debe; se conoce que la personalidad le estorba en grado sumo. Primeramente inventó lo que dió en llamar facultad principal; hoy tiende á eliminarla. A pesar suyo, se ve arrastrado por la fuerza de su pensamiento que va siempre disminuyendo las distancias, olvidándose más y más del individuo, tratando de explicar al artista por las solas influencias que le son extrañas. En tanto que deje un resto de humanidad en el poeta y en el pintor, un poco de libre albedrío y de arranque personal, no logrará reducirle por completo á reglas matemáticas. El ideal de la ley que confiesa haber hallado, sería bueno para aplicarlo á máquinas. Hoy por hoy M. Taine sólo ha llegado á la comparación de las semillas que brotan ó no brotan, según el grado de humedad ó de calor. En la materia de que se habla, la semilla es el individuo. M. Taine asegura que, teniendo yo lágrimas,

no podré llorar porque la era en que vivo se halla dispuesta á reír á mandíbula batiente; pero yo opino de distinto modo: digo que lloraré hasta no poder más si siento necesidad de llorar. Abrigo la firme creencia de que un hombre de genio logre desahogar sus penas aunque un pueblo entero se presente delante para impedirselo. Espero que la humanidad no extinga uno solo de los rayos que deben contribuir á su gloria. Nacido el genio, debe progresar irremisiblemente en el sentido de su naturaleza. No defiendo hasta el presente más que una creencia consoladora, pero reclamo en alta voz un preferente lugar para la personalidad cuando me pregunto á mí mismo qué sería del arte sin ella; y como una obra es para mí un hombre, quiero hallar en ésta un temperamento, un acento particular y exclusivo. Mientras más personal sea, más me consideraré ligado y compelido á desearlo.

Por otra parte, la historia está ante nosotros; el pasado no nos ha legado más que obras inmortales, las que resumen la expresión de un ser superior ó de una sociedad, pues convengo en que el artista es casi siempre encarnación del sentir de una época; ese

artista colectivo, con millones de cabezas y un alma sola crea la estatuaria egipcia, el arte griego ó el arte gótico; y los dioses hieráticos y mudos, las bellas carnes puras, las santos flacos y descoloridos, son la clara manifestación de los sufrimientos y las alegrías del individuo social que tiene por sentimiento la cantidad media de los sentimientos públicos. En las eras de renacimiento, de libre expansión, no sucede lo mismo; en éstas, el artista rompe toda clase de trabas, se aísla y crea según su solo corazón; los sentimientos entran en lucha, desaparece la unanimidad de creencias artísticas, el arte se divide y permanece individual. Surge entonces Miguel Angel levantando sus colosos frente á frente de las vírgenes de Rafael, surge Delacroix rompiendo las líneas que recompone Ingres. No cabe desconocerlo, las obras de las naciones llevan la firma de la multitud; al verlas no puede designarse á un hombre, no cabe nombrar una época, todos los dioses del Egipto y de la Grecia, todas las santas de nuestras catedrales se parecen; el artista ha desaparecido, ha sentido al igual de todos, las estatuas de su época han salido todas del propio taller. En

cambio, hay otras obras, las que sólo reconocen un padre, obras de carne y sangre, individuales á tal punto que no se las puede ver sin pronunciar el nombre de las que al darle el ser les dieron también la inmortalidad. Son hijas únicas.

No quiero decir por esto que los artistas que las engendraron no hayan sido cambiados por influencias exteriores; pero han tenido en ellas una facultad personal, y esta facultad llevada al último límite y desenvuelta por las influencias ya dichas, es precisamente la que ha hecho grandes sus obras y les ha impreso el sello de su noble raza. En cuanto á las obras colectivas, el sistema de M. Taine funciona con invariable regularidad; en ellas la obra es á todas luces fruto de la raza, del medio en que salió á vida y del momento histórico; carecen de elementos individuales que consigan desarreglar las ruedas de la máquina.

Desde que la personalidad toma parte activa, el impulso humano, libre é independiente, hace que los resortes crujan y que el mecanismo se descomponga. Para que el orden se mantuviese en pié sería preciso que M. Taine probase que la individualidad está sujeta á le-

yes, que se produce conforme á determinadas reglas que guardan completa relación con la raza, el medio y el momento histórico. Creo que no se atreverá á intentarlo. No podrá decir que la personalidad de Miguel Angel habría dejado de manifestarse en otro siglo; sería permitido á lo más pretender que en época diversa la personalidad del maestro se hubiera pronunciado de modo distinto; pero esto no pasa de una cuestión secundaria, puesto que el genio constituye lo superior del conjunto y no se basa en la relación de los detalles.

Desde el momento en que la inteligencia llega donde quiere y cuando quiere al punto que se propone, las influencias no son más que accidentes cuyos resultados se pueden estudiar y explicar, obrando sobre un elemento de naturaleza esencialmente libre que no se ha sometido aún á ley alguna. Además, puesto que he hecho declaración de indiferencia, no quiero discutir en adelante la mayor ó menor verdad del sistema; lo único que suplico á M. Taine es que dé más amplitud á la personalidad. El artista original, debe comprender que las obras son hijas tiernamente amadas, á las cuales se da sangre y vida, y

que mientras más se parezcan á sus padres y lleven todos sus rasgos, más interés despertan; son el grito de un corazón y de un cuerpo, se asemejan á criaturas extraordinarias que muestran á las claras todo lo que en ellas hay de humano. Amo estas obras porque amo la realidad y la vida.

Antes de concluir, quédame por dar la definición del arte formulada por M. Taine. Confieso que me agradan algo las definiciones; cada uno tiene la suya, todos los días las hay nuevas; y las creencias y las artes que se definen, no marchan por ello ni más pronto ni más despacio; el único interés de una definición es el resumir la completa teoría del que la formula.

He aquí la de M. Taine: «La obra de arte tiene por fin hacer ver un carácter esencial ó saliente, evidenciando una idea importante con mayor claridad y de manera más completa que lo hacen los objetos reales. Para llegar á este objeto, se vale de un conjunto de partes ligadas entre sí, cuyas relaciones modifica sistemáticamente.»

Lo expuesto está enunciado en forma casi matemática y necesita explicación.

El profesor llama carácter esencial á lo que los dogmáticos llaman ideal, pero el carácter esencial es un ideal que puede ser bello ó no serlo; es el rasgo saliente de un objeto cualquiera, aumentado é interpretado según el temperamento del artista. En la *Kermesse* de Rubens, por ejemplo, el carácter esencial, el ideal, es la locura de la orgía y la excitación de la materia harta y brutal; en la *Galatea* de Rafael, por el contrario, es la belleza de la mujer, serena, arrogante y graciosa.

M. Taine, pues, considera que el fin del arte debe ser el fijar el objeto, hacerle visible é interesante aumentándolo y exagerando uno de sus puntos salientes. Para obtener semejante resultado, se comprende que no es posible imitar el objeto ciñéndose á la realidad; basta copiarlo, manteniendo cierta relación entre sus diversas proporciones, relación que es necesario modificar para que predomine el carácter esencial. Miguel Angel, al engrosar los músculos para darles mayor relieve, y al dar más energía á los contornos de un torso, se alejaba de la realidad, pero hacía, con arreglo á su manera de sentir, creaciones gigantescas de dolor y de fuerza.

La definición de M. Taine me satisface en lo que toca á mis deseos de ver siempre el sello personal, porque deja al artista en independencia, sin reglamentar sus instintos ni imponerle la ley de una belleza típica, lo cual sería contrario á la libertad necesaria de las manifestaciones humanas. De este modo queda sentado que el artista, al copiar la naturaleza, la interpreta ciñéndose más ó menos á la realidad según su manera de ser; en una palabra, que su misión es reproducir los objetos tal y como los ve, aumentando tal ó cual detalle y creando de nuevo. Para explicar completamente mis ideas acerca de este punto, diré que una obra de arte es una parte de la naturaleza visto á través de un temperamento.

M. Taine, en suma, puede haber incurrido en error al enunciar su teoría, pero no por eso deja de ser una naturaleza esencialmente artística, ni sus palabras las de un hombre que quiere artistas y no razonadores. Por eso dice á los jóvenes que hoy están bajo la férula, y á los cuales se quiere uniformar, que están en libertad completa; trata de manumitirlos, y les invita á que abracen el arte de la humanidad y no el de determinadas escuelas; les

cuenta la historia del pasado y les hace ver que los más grandes artistas han sido siempre los más libres. Después, al tratar de nuestra época no la menosprecia, por el contrario, diré que ofrece un espectáculo interesante por demás; porque como atravesamos por un período de lucha, de esfuerzo continuo y de producción incesante, todos desean con vehemencia pronunciar la palabra que creen tener en la punta de la lengua, pero nadie la ha dicho todavía.

¿No encierra esto una lección que fortifica y da esperanza? Si la escuela de Bellas Artes ha elegido á M. Taine creyendo que éste la ayudaría á formar una bandería intolerante, se ha equivocado de medio á medio. Sé, por otra parte, que la Escuela no ha hecho semejante elección. La presencia de M. Taine en tal lugar, es un atentado directo contra los antiguos dogmas de lo bello. El profesor no permitirá que se formen escuelas. Seguramente no hará que surja un gran artista, pero no es menos cierto que si hay uno entre los que componen su auditorio, no se opondrá á su descubrimiento, y hasta le facilitará la libre manifestación de sus facultades.

Tal es M. Taine, y tales son, si no yerro, su propia individualidad, sus inclinaciones y sus opiniones en materia artística. Ma'émático y poeta, amante de la grandeza y del esplendor, tiene la curiosidad de la vida, la necesidad de un sistema y la indiferencia moral del filósofo, del artista y del sabio. Tiene ideas positivas muy arraigadas y las aplica á todos sus conocimientos. En su estética se refleja su propio temperamento: como independiente, predica la libertad; como hombre metódico, todo lo clasifica y quiere explicarlo; como poeta enérgico y rudo, es aficionado á ciertos maestros, como Miguel Angel, Rembrandt, Rubens, etc.; como filósofo, no hace más que aplicar al arte su filosofía.

No sé si le he juzgado en justicia; le he estudiado con arreglo á mi manera de ver y de sentir, tratando de que en él descuelle el artista. Mi apreciación, por lo tanto, es personal. He querido decir con verdad y franqueza lo que pienso acerca de un hombre que, á mi entender, es una de las inteligencias más poderosas de la edad presente.

Aplico á M. Taine su propia teoría. Para mí, él resume los últimos veinte años de crí-

tica, y es el fruto maduro de la escuela, que ha nacido entre las ruinas de la retórica y de la escolástica. La nueva ciencia, compuesta de fisiología y de psicología, de historia y de filosofía, ha hallado en él terreno favorable, pues en la época actual representa la más alta manifestación de nuestro deseo de investigar, de analizar y de reducirlo todo á cuestiones matemáticas. En materia de crítica artística y literaria, le considero como contemporáneo de los ferrocarriles y del telégrafo eléctrico.

No es extraño que en esta época de industria, en que las máquinas reemplazan al hombre en toda clase de trabajos, M. Taine trate de demostrar que no somos más que engranajes que obedecemos á ajeno impulso. Pero al propio tiempo lanza la protesta del hombre débil que se siente agobiado por el porvenir que él mismo se prepara; aspira á ser fuerte, lanza miradas retrospectivas y casi lamenta el no encontrarse en los tiempos en que sólo el hombre era poderoso, y en que el vigor corporal determinaba el imperio. Si mirara adelante, vería que el hombre disminuye cada vez más, que el individuo se pierde en la masa común, y que la sociedad logra la paz

y la dicha haciendo que la materia trabaje en su lugar. Pero á su organización de artista le repugna ese cuadro de fraternidad.

M. Taine está entre un pasado que le es grato y un porvenir que no se atreve á mirar, debilitado ya y lamentándolo, pero obedeciendo, á pesar suyo, á la demencia dominante de nuestra época, que consiste en querer saberlo todo, en reducirlo todo á ecuaciones y en someterlo á los poderosos agentes mecánicos que han de transformar el mundo.

CANCIONES DE LAS CALLES

Y DE LOS BOSQUES.

Dado Víctor Hugo, y dados algunos asuntos para idilios y para églogas, Víctor Hugo no podía producir una obra que no fuese la titulada: *Canciones de las calles y de los bosques*.

Este es el teorema que me propongo demostrar.

Así responderé á los asombros de ciertos críticos á los ataques de que es objeto en estos momentos el poeta. Para nada se tienen en cuenta sus antecedentes literarios, nadie se pregunta acerca de la manera de ser de su talento; parece como si cada lector quisiera